

I. Génesis

Me formo del fuego de las brasas que alumbran tenuemente la oscuridad,
de las brisas que golpean las copas de los árboles, del agua que beben la
rosas cuyas espinas me hacen sangrar.

Me construyo entre cálidas memorias y reminiscencias que me cortan como
vidrios volcánicos.

Me encuentro en entornos áridos que se hidratan mediante el oxígeno
soluble de mis sollozos.

Me pierdo en la brava travesía que requiere hallar el lecho de mis propios
dioses.

II. La travesía

Corrientes que me alejan de lo conocido, que me adentran en un mar de simbologías grabadas en sal.

Nado contra oleajes de experiencias que habitan en rincones que creía olvidados.

Bibliotecas de pensamientos pasados, páginas que pretendía quemar, pero que, por su tenebrosa magia, se regeneran como pájaros de papel.

Quiero volar alto y tocar el sol con las manos, quemarme con el deseo de encontrar la estrella que da cobijo a mis sueños.

III. Los titanes

Y entonces, un día descubrí que el magma le da forma, la tormenta fuerza y la
ría vida.

Que es hijo de la Luna, hermano de la memoria y prisionero de mi Tártaro.

Que el destello de sus ojos apacigua la precipitación de mis sentimientos.

Que de sus grietas se evapora la maldad que deteriora mi ser.

Que de su furia nace mi lamento, que de sus cenizas nacen mis pesares, y,
que de su invierno, nace mi infierno.

IV. Versos del alma

Son recovecos repletos de historias, de estigmas creados por el más
impuro ser que habita en mí.

Marcas de odio y desesperación, pues son el fruto que alimenta la
esencia putrefacta que me domina.

No es más que una falsa idiosincrasia que se ensalza, que construye
máscaras de papel en un ardiente paraje, convirtiéndolo todo a cenizas.

V. La falsa deidad

Es frágil como un fénix de cristal, de corazón maleable como el oro, puro y reflectante, que guía mi éxodo hacia la búsqueda intrínseca que me precede.

Su habla es muda; seres alados acarician sus hilaturas de plata, creando mensajes de musicalidad exquisita.

Su ente, es la luz que alumbra el camino entre las tormentosas furias de los titanes.

Entre sus dedos sostiene la brújula, entre sus brazos, la caja que aguarda su alma.

Receptáculo que nace del carbón, del veneno de la belladona y los corales de las aguas más profundas.

Su tesoro era mi elixir; como si se tratase de la vida eterna, lo perseguía, casi con avaricia, intentando arrojárselo con mis ilusiones, creencias y sueños.

Luceros entre las tinieblas, tan solo se trataba de falsas esperanzas, que se desarrollaban de mis cicatrices curadas en engaños, de la falsa inocencia que me personifica.

VI. Simbiosis mitológica

Los ángeles de la consciencia reclaman la liberación de la propia esclavitud, paz para la mente, una nueva mirada exenta de demonizaciones.

Abrí la caja que me corrompe, que me aterroriza y que aun sabiendo que no soy capaz de soportar, me exprime en búsqueda de ideales puros de ensoñación.

Como Medusa petrificándose en su propio reflejo, abro brechas cerradas mediante el engaño y la falsa esperanza; la percepción de mi cuerpo me amuralla en un paraje oscuro del cual no consigo escapar.

Una roca carbonática que se forma a partir de lágrimas, de llantos que me sumergen en la profundidad de un mar que nace de la putrefacción.
Me canto hasta enloquecerme, soy la sirena y el pescador embaucado.

VII. Ceguera de fe

Todo era bruma, suaves colores parpadeantes me nublaban desde la lejanía.

La sensación que recorría mi piel era ahora mucho más pura. A través del tacto podía adivinar formas y volúmenes que anteriormente desconocía.

Una nueva forma de ver, una irrefrenable necesidad de re-descubrirme, de volverme a encontrar, de sellar heridas y barrer caminos de piedras fosilizadas por el continuo desgaste del pensamiento.

El barco me llevó a tierra de nadie.

A acantilados donde las olas rompen y me recuerdan quién soy.

A volcanes cuya erupción, no sólo da vida a mareas rojas, sino a nuevas andaduras con un sin fin de secretos que relumbrar.

Era el primer capítulo de una existencia ciega de temores.

VIII. La niebla

El ensueño que brota del actual aprendizaje es una fantasía de paisajes surrealistas.

Olores intensos que abruman mi olfato; mágicos; que me transportan a bosques donde sus hojas arden por las manos de Hestia.

Siento el calor de una atmósfera que es acariciada por sus mantos de fuego griego, fuego que se expande a través de las espesas aguas que rodean este misterioso Limbo.

Exploro salidas en un paraje de extensión sin fin, incido en sus tierras en búsqueda de cavidades que me protejan del miedo que infunde el no conocer aquello que me rodea.

Duermo entre arenas de relojes que no marcan la hora, sino logros.

Escucho susurros de mi inconsciencia.
Me pregunto qué hago allí.
Me cuestiono a dónde voy.

IX. Reflejos

Y de repente, emergió. De la ambrosía se formaron minúsculos cristales punzantes. Eran duros como diamantes, reflectantes como espejos, y, en su unión, la liberación de mi tormento.

Anhelaba mi reflejo, quería verme en sus gotas, charcos y lagos.
El Flegetante arrasaba con todo espejismo, era ya un desierto calcinado.

Daga libertadora, arma cortante.

Mediante incisiones me dibujo, me formulo y me contento. Ya no busco, solo encuentro, y entre lamentos, palpo el delirio, la alucinación, mi martirio.

Ahora ya son cauces de sangre, sangre que tiñen las grietas abiertas en el apuñalamiento de mi utópica realidad.

X. El tártaro de mi Olimpo

Y aunque en tierras de Hades me halle, éste es mi infierno, mi cobijo,
el averno.

Remo entre aguas negras, almas perdidas, y en mi asentado viaje,
mi exida.

Ya me veo, sé quién soy.

Afluentes de lágrimas inundaron mis pensamientos.

Me corté y me encontré.

En una mano la antorcha que da luz a mis sueños, en la otra, la daga
que me besa hasta apuñalar el corazón de toda ilusión.

La avaricia me pudo, la contemplación me corrompió, y me trajo
consigo, a un cálido Olimpo, a una ardiente morada, que bebe de las
esperanzas y se alimenta del miedo.